

HISTORIA

DEL

VERDADERO LIBERTADOR DE MÉXICO

PRECIOSO BROCHE DE ORO Y DIAMANTES QUE UNIÓ
LA PRIMERA Y SEGUNDA LUCHA
DE LA INDEPENDENCIA DE NUESTRA PATRIA:

GENERAL VIGENTE GUERRERO

Y DE LA HEROÍNA DE PÁTZCUARO

DOÑA GERTRUDIS BOCANEGRA DE VEGA.

POR EL

Doctor en Medicina y Cirujía

Manuel Ortega Reyes,

TESTIGO DE LAS SOLEMNES HONRAS FÚNERRES
QUE HIZO OAXACA EN LA EXHUMACIÓN DE LOS RESTOS DE GUERRERO,
EN EL AÑO DE MIL OCHOCIENTOS TREINTA Y TRES;
CUYO GENERAL
FUÉ CONSIDERADO COMO HIJO ADOPTIVO DE AQUEL ESTADO DE OAXACA.



MEXICO.

TIPOGRAFÍA DE MARIANO VIAMONTE, ZULETA NÚM. 18.

—
1905.

DISCURSOS POPULARES

SOBRE

HISTORIA NATURAL É HISTORIA UNIVERSAL,
CON APLICACIÓN AL ESTADO DE OAXACA Y CON ESPECIALIDAD
Á LA DE SUS DOS GRANDES HIJOS:
LIC. BENITO P. JUAREZ Y GENERAL DON PORFIRIO DIAZ;
AMBOS COMO GOBERNADORES DE OAXACA
Y COMO PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA,
AÑADIENDO ADEMÁS ALGUNOS DATOS DE LA HISTORIA
DEL GENERAL DON VICENTE GUERRERO,
ACEPTADO COMO HIJO ADOPTIVO
DEL ESTADO DE OAXACA,
Y MUERTO EN ÉL POR LOS ASESINOS
ANASTASIO BUSTAMANTE, FACIO, ALAMÁN Y DEMÁS MINISTROS,
EN SU LLAMADO GOBIERNO DE LA REPÚBLICA MEXICANA;
ASÍ COMO TAMBIÉN
LA HISTORIA PATRIÓTICA DE LA GRAN HEROÍNA DE PÁTZCUARO
DOÑA GERTRUDIS BOCANEGRA;
ADEMÁS DE UN DISCURSO SOBRE MEDICINA
Y CON ESPECIALIDAD DE HIGIENE MORAL Y CLÍNICA MÉDICA

POR EL

Doctor Manuel Ortega Reyes,

Director que ha sido del Instituto de Ciencias y Artes del Estado de Oaxaca. Profesor de distintas cátedras de Medicina y de Historia Natural en el mismo Establecimiento. Director de Instrucción Pública y de los Hospitales de San Cosme y San Damián, del de Belem y del general de aquel Estado. Miembro del Consejo Médico del Gobierno. Secretario de la Junta Superior de Sanidad. Fundador de la primera Sociedad Médica de Oaxaca. Reformador de la primera Casa de Moneda y Fundador absoluto de la segunda de aquel Estado. Inspector muchos años de la Academia de niñas del mismo. Fundador del Hospital Militar de Oaxaca. Socio de la mayor parte de las sociedades Médicas de México y de los Congresos Mexicanos y Extranjeros verificados en esta Capital; así como de la Sociedad de Geografía y Estadística. Presidente del Ayuntamiento, varias veces de aquel Estado. Socio Honorario de la Academia Médico-Quirúrgica de España. Autor de la Carta Geográfica completa del Estado de Oaxaca, y también del gran Cuadro Sinóptico de Historia Natural. Diputado y actual Senador del Congreso Federal de la República Mexicana. Antigo Médico, colaborador y amigo de los citados Presidentes, etc., etc.



NOTA.—La Historia del Sr. Presidente PORFIRIO DIAZ, me reservo á publicarla, á su tiempo.

EL AUTOR.

ARTICULO TERCERO.

Allá en el Estado de Michoacán, teatro de tantos acontecimientos en favor de nuestra Independencia, aparece un bello pueblo, que se levanta á orillas de una preciosa laguna, que alimenta sápidos y vistosos peces. A ese pueblo se le

ha llamado Pátzcuaro, de memoria triste, pero imperecedera, por el grande acontecimiento que en una de sus casas, á semejanza de las catacumbas de Roma, adonde se reunían los cristianos para sus asuntos religiosos y políticos en que estaban envueltos, así aquí en Pátzcuaro, se hallaba la casa de la Señora Doña Gertrudis Bocanegra, que su marido el Señor Vega, y ella, eran los patrones y guardianes de esta catacumba mexicana, donde se reunían los independientes, para tratar del gran plan, que rompiera las cadenas con que durante tres siglos, había estado México atado al trono español.

Hidalgo, Rector del Colegio de San Nicolás, de Morelia, había creádo, entre las luces de la ciencia, la gran luz de la LIBERTAD.

Sus discípulos bebían sus doctrinas, y antes de separarse de allí para el curato de Dolores, se apuraban estas doctrinas, y se hacía una común cita para la catacumba mexicana, de que hemos hablado. Morelos era uno de los alumnos del mencionado Colegio de San Nicolás: y no puedo yo decir que Guerrero haya concurrido á esa gran catacumba, porque todos creen, á una voz, que este gran hombre, en su primera edad estaba consagrado á las labores del campo. En estas dudas, me inclino á creer que esas doctrinas de patriotismo, le fueron comunicadas en segundo grado, por el mismo Morelos, quien sembró en la tierra más fértil que podía esperarse.

Seame permitido, introducir aquí una ligera descripción de la gran Señora que tuvo vida para la patria, que para ella respiró, y á ella consagró su fe cristiana y la gran doctrina de la libertad del hombre.

*
* *

TERCERA PARTE.

ARTICULO PRIMERO.

HISTORIA DE LA GRAN HEROÍNA MEXICANA GERTRUDIS BOCANEGRA DE VEGA.

SEÑORES:

Se ha dicho por algunos escritores parciales, como el instruido Don Lorenzo de Zavala, á quien ataca el Licenciado oaxaqueño Don Carlos María de Bustamante, considerándolo parcial del gobierno español, tanto por su origen, (era yucateco), como por la relación que tenía con el Rey de España y el Virrey de México, que Hidalgo caminó al dar el grito de Independencia en Dolores, de un

modo brusco, y sin plan, que pudiera haber sido atendido por los españoles, y uniformes ellos y los mexicanos, hubieran hecho la separación de México con la España, cosa que es imposible concebir el que hubiera tenido resultados felices, cuando la desigualdad, y en los primitivos tiempos hasta la esclavitud, eran el distintivo entre los españoles y los antiguos indios; y si á esto se añade, el decir que también los españoles, querían la separación de España y México, era como quien dijera: «VÉNGASE ESPAÑA Á DOMINAR Á MÉXICO EN SU MISMO TERRITORIO,» puesto que se pensaba ofrecer á Fernando VII trasladarse á este país, y si no podía ser así, que uno de su familia viniera á substituirlo, cuando en España dominaba la invasión de los franceses. Y si es verdad que el pueblo español, llegó á obligar después á Fernando VII á admitir una constitución que limitara su arbitrariedad, ésta en México, la suspendió violentamente el Virrey, y después en España, fué también suspendida. Esto pues, no era más que una burla infructuosa para el bienestar de las Américas, que se llamaban españolas.

Se ha dicho también por estos escritores, que la efusión de sangre y pérdidas de intereses, fué ocasionada por la imprudencia de Hidalgo y de Allende, de haber llamado, á su grito de Independencia, al pueblo indígena, que brutalmente rencoroso, no deseaba más que el exterminio de la gente europea dominante. ¿Podrían, Hidalgo, Allende y los demás comprometidos, ir con su ánfora en la mano, á mendigar el voto de los españoles, cuando las penas y pesquizas de los Virreyes, eran de más pronto exterminio y de brutal aplicación, como se puede probar con los hechos que aparecen en una breve historia, que en extracto, vamos á recordar á la nación; y esto no obstante que la violencia con que Hidalgo ha sido notificado por Allende, que estaba descubierta la conspiración, y dadas las órdenes de aprehensión para los conspiradores, según los avisos que acababa de recibir de la Señora Doña Josefa Ortiz de Domínguez, Corregidora de Querétaro? Esta noticia la recibió el Padre Hidalgo al despertar del profundo sueño en que descansaba de sus fatigas; no era para pensar en hacer llamamiento á sus compañeros de revolución, sino para llamar á las gentes que tenía á la mano, comenzando por los vigilantes serenos de la población del curato de Dolores. Ved, con la historia en extracto que acabo de ofrecer, una verdad de la tiranía y maldad de las leyes virreinales, que se aplicaron á la heroína de Pátzcuaro, la más ardiente y firme mexicana, que podía servir de modelo á cualquiera mujer patriótica, de las mujeres del antiguo mundo.

«Gertrudis Bocanegra, hija del rico español, comerciante de Pátzcuaro, de este apelativo, había llegado á la pubertad. Parecía que como por instinto, el patriotismo había nacido en ella. No obstante su origen, el Alferez real, Señor Vega, pretendió su mano ante su padre, una vez que este pretendiente, había consentido en la exigencia de ella, para renunciar de todo servicio que prestara al gobierno virreinal, como había sido su ejercicio. De ninguna manera, el puesto que ocupaba Vega, era un obstáculo para que el Señor Bocanegra le concediera la mano de su hija; pero este Señor, creía al pretendiente inferior á él y á su hija, porque tenía un color rozado, y lo creía, como era de costumbre entre los españoles, de otra especie de la suya, sin recordar que en España y en otros

muchos puntos de Europa, se han desarrollado hombres y mujeres de un color moreno, y que en México, Moctezuma, había tenido una hija, que casó con el Rey Cosijuesá, de Oaxaca, que era tan blanca que le pusieron *Copo de Algodón*.

Los españoles, para que el Señor Bocanegra consintiera en el enlace de su hija, fueron muchos, y el Obispo de Morelia y el Arzobispo de México, trabajaron hasta vencer la resistencia del rico padre Bocanegra, quien por todo recurso, solamente obsequió á su hija, con una casa para habitación; y sin embargo, Vega cumplió con renunciar su puesto de Alferez real, en el ejército español; pero la inteligente Gertrudis invitó á su marido para establecer una grande dulcería, la que llegó á ser el modelo de las que más tarde se establecieron en Morelia, en Celaya y en otros puntos, que hasta el presente tienen fama. Esta invención fué feliz, pues llegaron á hacer un capital muy considerable.

La opresión extranjera, cada día iba despertando más y más en los mexicanos: se tenía el deseo de sacudir el yugo opresor de la España, y principalmente reinando el monopolio, que paralizaba el progreso de los mexicanos. Las palabras desfavorables al mando extranjero, se escapaban de los que, sufrían de tres siglos atrás, la opresión de los conquistadores. En los sacerdotes, que á semejanza de los primeros, que con cortas excepciones, vinieron á las Indias, moderando la crueldad y desenfrenada ambición de los conquistadores, eran las gentes, que, aunque pendientes de sus devociones, y guiadas por el sentimiento del cristianismo, á más de conocer estos sufrimientos de los americanos, procuraban endulzar la situación, y enviaban á los Reyes de Castilla, las quejas y acusaciones de los conquistados, que tanto sufrían. Ellos hicieron aparecer á la sagrada imagen de la Virgen de Guadalupe, impresa en la tilma de un indio, para que los españoles consideraran á los de esta raza como iguales y hermanos, y la gran Señora fué un bálsamo saludable para la raza indígena, en sus padecimientos.

En el cuerpo sacerdotal, como más instruido de lo que sufrían los naturales del país, empezó á germinar el gran sentimiento de la libertad, y de allí vino que en la revolución de Independencia, figuraran tantos sacerdotes, que contrariaban el espíritu parcial de gran parte de los jefes de la Iglesia; que olvidados de los sentimientos de cristianos, cedían á las conveniencias de autoridad, de riqueza, y de otras consideraciones sociales, que los unían á los tiranos, que con varias excepciones, oprimían al género humano.

En aquella época de necesarios secretos, con muchas precauciones, los buenos sacerdotes hacían conocer, hasta donde les era posible, la fraternidad y la caridad evangélica; y cuando el monopolio, principalmente sobre los trabajos de la seda y la cría de sus gusanos, se empezó á prohibir en la República Mexicana, para que sólo de España se importaran los tejidos de este producto animal, entonces la impresión fué más fatal, é Hidalgo que había empezado á desarrollar este trabajo, en sus feligreses, y hasta había hecho construir unos ornamentos para su iglesia, con su seda cosechada: fué el que más se excitó.

Se ha dicho, que en el Colegio de San Nicolás, de Morelia, de que fué el Rector, tenía algunas conversaciones que no podían ser muy agradables al go-

bierno de España. Sin embargo, uno de los Virreyes, apreciaba el saber de Hidalgo en tal grado, principalmente en su profesión, que decía: «Si todos los libros que componen la historia eclesiástica, se incendiaran, no había que tener cuidado alguno, mientras viviera Hidalgo, porque él, con su saber y trabajo, respondería la mencionada historia.» Esto nos indica que Hidalgo no era un adocenado, para obrar tan imprudentemente, como sus detractores lo han dicho; y el hombre en general, debe obrar muchas veces conforme los accidentes violentos lo exigen; pero entremos al justificante de la fuerza y maldad de las leyes virreinales, que exigían la violencia y decisión, para obrar en ciertas circunstancias. Sean unas de tantas leyes, las que fueron aplicadas á la Señora Bocanegra.

Los hijos del Señor Vega y la Señora, fueron adelantando en edad: tres mujeres y un hombre, son los que reservamos á hablar de ellos á su tiempo.

No ha mucho que he manifestado, que así como los cristianos se escondían en las antiguas catacumbas de Roma, para tratar de sus conveniencias y de su credo religioso, así Hidalgo, y parece que Morelos y otros patriotas, se reunían en la casa de la Señora Bocanegra, en Pátzcuaro, la cual hacía el papel de una catacumba mexicana.

Una mesa central en la sala, con sus sillas y carpeta correspondientes; una baraja y otros útiles, formaban una mesa particular de juego, rodeada de las sillas necesarias. Un canapé cercano venía á ser el asiento principal de la Señora Doña Gertrudis: los convidados á jugar al tresillo, visitas de grande aprecio, ocupaban las sillas, y la Señora en el canapé, con su jicalpextle, como era de costumbre en esos tiempos, torcía cigarrillos para obsequiar á sus convidados. Este aspecto preventorio, impedía el que se conociera, en caso dado de sorpresa, que aquella reunión era política, asaltando los reunidos á la baraja, para figurar que se jugaba al tresillo.

Pero el tresillo, eran los acuerdos y combinaciones para la revolución de Independencia, pues en cigarros señalados, para distinguirse de los demás, iban las notas de lo que se había de hacer por los comprometidos, en la mencionada revolución. Un criado fiel, de toda confianza y viveza, era el mensajero, y cumplía su encargo á toda satisfacción. Desgraciadamente, este infeliz fué aprehendido, pero jamás quiso confesar, ni su misión, ni su origen; pero siempre, por sólo las sospechas, en uno de sus viajes fué fusilado. Era de esperar que la pesadumbre de la Señora y sus amigos compatriotas, fuera grande; pero sus trabajos no llegaron á suspenderse por entonces.

El grito de Dolores, por Hidalgo, ya había estallado: la Señora comprometió á su marido y aun á su hijo, á la edad de diecisiete años, á tomar las armas contra los tiranos; y como el Coronel Gauna, había entrado en la revolución, y á la vez también estaba prendado de la hija mayor de Doña Gertrudis, ella consintió con gusto, y aun favoreció el enlace de esta joven con Gauna, porque así contaba con un verdadero soldado más en el ejército de los independientes.

Este Señor Gauna, hombre diestro y valiente, al ejercer su arte, pronto llegó á ganar batallas y más batallas, hasta el grado de que Hidalgo lo elevó á General del ejército.

Largo sería, y no para un caso aislado, como el presente, enumerar los triunfos, así como las derrotas que sufrían los independientes: quede esto para la historia general de la nación, y fijémonos en la marcha de Gertrudis Bocanegra. Su hijo, había muerto en una de las batallas; su marido había sido gravemente herido en una de ellas, y fué necesario llevarlo para su curación, al beaterio de Morelia, donde estaba para seguridad, la hija casada con el Señor Gauna. Allí, el Señor Vega murió, á consecuencia de la herida recibida.

*
**

Los azotes de los independientes, se multiplicaban más y más; la Señora Doña Gertrudis, exasperada, pero nunca desertora de su causa, se lanza á los campos por donde estaban los independientes; se extiende á las rancherías, á los pueblos, á las haciendas, exhortando á los habitantes, á tomar una parte activa en el gran movimiento de la Independencia; pero esto no obstante, los males no se cortaron. Gauna y sus compañeros se hallaban entorpecidos, porque tenían que vigilar á la Señora, á la vez que avanzar ó retroceder, según lo exigieran los movimientos de los realistas; y aunque suplicaban encarecidamente á la Señora Bocanegra, regresase á su casa de Pátzcuaro, para que con el pretexto de arreglar ésta, no estuviera al azar de la guerra, ella se negaba del todo, porque quería morir con ellos, defendiendo los derechos de su patria.

Por fin fué necesario inventar un proyecto, para volver á esta Señora á su casa, y lo ejecutaron este proyecto, porque entendieron que ya la Señora entraría en sosiego, y que el encargo que se le hacía, sólo serviría para conducirla á Pátzcuaro. El proyecto era, que procurara en esta población, ver si se conseguía, con mucha prudencia, el que varios de los jefes quedaran convenidos, con toda seguridad, en que acercándose las partidas de insurgentes á que pertenecía Gauna, á dicha población, dentro de ella se verificara un grito de Independencia, que sería favorecido por los insurgentes de fuera, quedando así Pátzcuaro en favor de los independientes.

Un chasco, de los que comisionaron á la Señora Bocanegra, ocasionó un horrible suceso. La Señora, entusiasmada y sagaz, aseguró á gran parte de los oficiales de ese ejército, para llevar al cabo el resultado de la pretensión. Pero este suceso, se estrelló contra la ingratitude más negra ó monstruosa que podía darse.

La Señora Bocanegra, generosa y caritativa, hacía algún tiempo había visto conducir para el suplicio á un sargento, que ignoro el motivo por lo que iban á fusilarle; pero esta Señora compasiva, á fuerza de dinero, logró salvar al tal sargento. Conseguido esto, el sargento, poseído de una fugaz gratitud, suplicó á la Señora lo tuviese en su casa, como á su más fiel servidor; ella aceptó sus servicios, y había permanecido algún tiempo allí, hasta que, habiéndose perdido en la casa, unos cubiertos de plata, las sospechas de todos recaían en el malvado sargento. La señora le hizo un reclamo suave, pero el sargento en su eno-

jo, fué á denunciar á la Señora de sus trabajos de insurrección de las tropas de la plaza, que había sido convenida.

El Comandante de esa fuerza, se montó en cólera, á la vez que de temor, de que se llevara al cabo este suceso. Inmediatamente se fué á la casa de la Señora Bocanegra; ésta, estaba en la mesa, comiendo con sus tres hijas, cuando se presentó dicho Comandante, ordenándole se diera por presa. La Señora contestó que estaba á su disposición. El, le exigió que confesara, quiénes eran sus cómplices en la revolución que se tenía concertada. La Señora dijo, que no tenía cómplices que denunciar, pero que si los tuviera, jamás lo haría; pues ella sola, si esto fuera cierto, sufriría las penas que estaban decretadas para esos casos.

El Comandante instó á la Señora que confesara, interponiendo los grandes favores que recibiría del Virrey, su libertad y la de sus hijas, y la devolución, en moneda, de las alhajas que las tropas reales, habían quitado á sus hijas en la hacienda, donde las tenían depositadas, cuando las robaron las tropas del gobierno.

La Señora Doña Gertrudis, con mucha energía, se negó á todo, y le dijo que ella, si se le comprobaba que era culpable, sufriría cualquiera pena y aun la de muerte; pero que ni tenía á quien denunciar, y que, como le había dicho, si lo tuviera, no lo haría.

El Comandante, le leyó entonces la orden del Virrey, para los que cayeran como autores ó cómplices en una revolución de Independencia, contra el gobierno, fueran fusilados y colgados; y que esta misma pena sufrirían, todos los que, con auxilio ó de otra manera, favorecieran á los pronunciados, aun en los últimos tiempos de su vida.

Doña Certrudis, contestó con toda energía: *«Que estaba resuelta á todo, y á recibir las penas de que hablaba el bando realista, y que podía disponer de su persona, como juzgara conveniente, si le probaba aquello de que se le había acusado.»*

Repetidas veces en la prisión, y aun en la capilla, la instó el Comandante, á que confesara quiénes eran sus cómplices. La Señora, firme como el primer día, se negó á todo, y la última resolución del Comandante, fué por la muerte de la Señora. Un sacerdote franciscano dieguino, fué á preparar las últimas horas de la heroína, con los auxilios del cristianismo; y éste y todos los de la comunidad, sentían profundamente á la mujer que tanto los había socorrido con su caridad, durante varios años.

Llegó la hora fatal. Se conduce á la señora á pie en el camino de su calvario y sin embargo, ella, con toda la energía de su carácter, se arranca la venda y arenga al pueblo para que no desmaye y si trabaje por conseguir su Independencia. Al pasar por la puerta del hospital creado por su padre, el sacerdote le dice: — Señora, ¿sabe usted hasta dónde vamos? La señora le dice: — Padre, la venda se ha vuelto á poner, cubriéndome los ojos: no puedo saber hasta dónde vamos. El padre le dice: — Señora, estamos frente al Señor de los Bocanegras, que está en la puerta del hospital, Ella le contesta: — ¿Se podrá orar ánte él? El sacerdote solicita la licencia, y la señora, arrodillada ante el crucifijo, ora du-

rante breves minutos. Entonces le dice al padre: — He orado; vamos á mi destino, á juntarme con Dios.

La Señora Bocanegra sigue la vía de su calvario; de trecho en trecho se vuelve á arrancar la venda y vuelve á exhortar al pueblo en el mismo sentido que al principio: le dice que no desanime, que trabaje y que Dios le dará su libertad.

Se ha llegado al patíbulo. La señora y el sacerdote suben al entablado: ella se quita de la cabeza la peineta de oro, que entonces se llamaba «cachirulo»; se la entrega al sacerdote, suplicándole la entregue á su hija mayor como una prenda de su madre; con su reloj hace lo mismo, destinándolo para su hija la segunda, y á la tercera le suplica al sacerdote le entregue el chal de seda con que iba abrigada, y le dice al mismo sacerdote: «Padre, diga usted á mis hijas que su madre, en el cadalso, ya cercana á expirar por última vez, les envía estas pobres prendas. Que les encarga mucho que jamás abandonen la virtud, y que ella, desde el cielo, las estará vigilando.»

Es atada al cadalso la Señora Bocanegra, se frota contra él la cabeza y hace caer la venda de los ojos: habla al pueblo para que permanezca firme en la solicitud de su libertad. La venda se le vuelve á poner con tal fuerza, que no puede volvérsela á quitar; entonces, vendada, sigue arengando al pueblo...! cuando los fusiles de los tiranos le introducen sus mortíferas balas, pero con tal cobardía y tan cerca, que se incendia su vestido.

Un compasivo muchacho que de una fuente cercana estaba sacando agua, corre y la baña con una cántara y apaga el incendio. (¡Milagro que no fué fusilado también!) El incendio se apaga; pero la señora queda casi desnuda; el chal, que estaba destinado para la hija menor, tiene que convertirse en cubierta de las carnes de la heroína de Pátzcuaro, á la que, no contentos los esbirros del Rey de España, la cuelgan á una altura donde su cadáver pudiera ser visto por el público.

Los sacerdotes franciscanos, poseídos de dolor por la muerte trágica de su protectora, ocurren al Jefe de la Plaza en solicitud de que se les entregara el cadáver de la víctima, y á éste lo sepultan en el pavimento de la iglesia de San Francisco, de Pátzcuaro.

Así ha terminado la vida de la heroína, que ha dado su vida por las libertades de México bajo la tormenta más grande que pudiera acontecer, y cuya historia no se puede encontrar semejante ni en nuestra nación ni en muchas de las extranjeras.

Esta historia me hace sufrir un éxtasis al escribirla, tomada de la prensa mexicana: me parece que estoy siendo un ejemplar de la doble presencia que tanto estudian los sabios, y que dicen sufrió un marinero en la borrasca que estaba sufriendo un buque, y que su presencia y pedido á los tripulantes de otro buque, siguió para conseguir el socorro al naufragante, ó como se dice también que San Antonio predicando, influido por el magnetismo general, vió que iban á ahorcar á su padre por el delito de asesinato, que no había cometido; sin se-

pararse del púlpito, en esta doble presencia, apareció en el lugar, donde hizo que el mismo cadáver señalara á su asesino, que resultó el mismo verdugo que iba á ejecutar á su padre, y que con la doble presencia lo salvó.

¡Yo estoy en la iglesia de Pátzcuaro! Veo allí la imagen de la Virgen de Guadalupe; veo á la Madre de los mexicanos que, colocada en el estandarte que levantaron Hidalgo y Morelos, favoreció la Independencia, rogando á Dios por México, y á la que la iglesia y el pueblo mexicanos le consagraron este lema: NON FECIT TALITER OMNI NATIONES.

Permíteme, Madre mía, el que á tu hija, aunque de un modo sumamente débil, como una ligera sombra y por tu permisión, le acomode el mismo lema: ¡NON FECIT TALITER OMNI NATIONES! ¡NO SE HA HECHO IGUAL EN OTRA NACION! Y México ha tenido la gloria de producir una mujer tan heroica, quien en nuestra historia, desgraciadamente, pasa olvidada, siendo así que debía ser la primera lección que debía darse á sus hijas, convirtiéndolas en un genio tal vez superior al de las espartanas.

*
* *